



"Nuevo Mundo" Madrid
22 junio 1917

5-70

"Nuevo Mundo" Madrid, 22 junio 1917.

ARTÍCULOS Y DISCURSOS

Los que, teniendo por principal ejercicio el de la publicidad con la pluma, ó, más concretamente, el de escribir artículos y ensayos, nos dirigimos algunas veces de palabra á las muchedumbres, ejerciendo la oratoria, solemos preguntarnos sobre la respectiva eficacia de una y de otra actividad y sobre las diferencias de su cultivo. Aunque, en rigor, todo articulista que alguna vez pronuncie discursos, y todo orador que alguna vez escriba artículos, no cambian de actividad. El primero suele, en efecto, pronunciar alguno de sus artículos, y el segundo suele escribir alguno de sus discursos.

Parece, á primera vista, que la diferencia estriba en que la oratoria es algo más espontáneo y más de improvisación; pero yo sé de mí decir que improviso casi todos mis artículos y que los escribo como si los dictara — y con tanto calor como un discurso —, si es que no me los dicta, lo que á menudo sucede, un demonio interior como aquel que á Sócrates asistía.

Más de una vez he dicho que prefiero un libro que me hable como un hombre, á un hombre que me hable como un libro; pero esto no quiere decir que un hombre no pueda y deba hablar con precisión y densidad, como no suelen hablar nuestros oradores. Los más grandes discursos que se recuerda, y que quedan como piezas imperecederas de oratoria, han sido artículos pronunciados, escritos recitados. Y, á las veces, discursos vueltos á redactar por un escritor de raza, como los que figuran en Tucídides, ó el maravilloso discurso de Pau Claris — y con qué entusiasmo nos lo declaró una vez en cátedra Don Marcelino! —, que rehizo en castellano Melo para su *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*.

Hay una primera y fundamental distinción entre el orador y el articulista, y es que aquél se dirige á la masa, á la muchedumbre, á la colectividad como tal, y el articulista á cada uno de los que la componen. Así, el orador suele empezar diciendo: «señores!», ó «compañeros!», ó «ciudadanos!», ó «amigos míos!», ú otra expresión así, en plural, mientras que el articulista se dirige al lector á cada uno de los lectores que componen su auditorio. Porque es auditorio también, y un artículo, cuando es vivo, cuando está dicho, cuando palpita dentro de él un hombre, se oye y no sólo se lee.

Pero esta distinción no es acaso tan absoluta como á primera vista parece. Los habituales lectores de un articulista forman una colectividad, que se siente solidaria al leerlo.

Otra distinción de más consecuencia es que un artículo cabe leerlo con todo el reposo y el despacio que se quiera, y detenerse en cada párrafo y releerlo, si no se le ha entendido bien á primeras, mientras que en un discurso hay que seguir al orador al paso que él vaya, y no se le puede hacer repetir un concepto ó una imagen. Y así sucede, que si el orador es algo denso, si es de estilo aforístico y sentencioso, no da acaso tiempo á su auditorio á que se vaya dando plena y cabal cuenta de cada uno de los aforismos, de cada una de las sentencias que les presenta. De donde la necesidad de la paráfrasis y del circunloquio. Hay que dar tiempo á que el público vaya digiriendo lo que se le diga, sin que importe que luego salga diciendo que diluyó poca doctrina en muchas palabras.

Tiene, sin embargo, el hablar aforísticamente, por sentencias, dos grandes ventajas. La primera, es que como el público que oye un discurso lo lee luego si le pareció substancioso — á la manera que el público de una corrida de toros lee luego la reseña de ella —, consigue que se le lea con más atención, y que, al leerle y sentir bajo el discurso escrito el calor de la voz que lo pronunció, se den más clara cuenta de su contenido. Porque hemos observado que se entiende mucho mejor un artículo cuando se le ha oído antes en forma de discurso. Conocemos escritor á quien le entienden mejor aquellos que le han oído hablar.

Otra de las grandes ventajas que tiene el hablar aforísticamente, es que se pueden decir cosas más crudas y más decisivas y más

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo II



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES



fuertes y cortantes, cosas que, diluidas en un abundoso tejido conjuntivo ó tal vez adiposo, chocarían demasiado. Hay un arte de decir crudezas con gran sencillez y como quien enuncia teoremas matemáticos ó expone hechos incontrovertibles. Y ocurre á las veces que el auditorio no se da clara cuenta de lo que se le ha dicho hasta que ha pasado algún tiempo, y cuando acaso, si lo que se le dijo le fué adverso, no puede ya protestar contra ello.

Los discursos que no podrían nunca pasar como artículos, son esos en largos párrafos de los que se llama sonoros, con profusión de incisos y exuberancia de epítetos, henchidos de lañas y corchetes, en que se llena con un rodeo de veinte palabras la falta de la precisa, y pronunciados, como en cinta ó, si se quiere, película oral, de un tirón. A esta pelicularidad oratoria se le suele llamar facundia ó facilidad de palabra. Por nuestra parte, confesamos que nos gusta más oír á un hombre á quien se le siente cómo está pensando, cómo está fraguando su pensamiento mientras habla, y aun-

que tropiece á las veces. Los artículos del mero orador á la manera viciosa nuestra, del hombre que no tiene más que facilidad de palabra, suelen ser estéticamente insostenibles. Deja al descubierto toda la endeblez del organismo de sus discursos.

Una gran ventaja tiene el acostumbrarse á pronunciar ó recitar los artículos que se escriben, y es que se les da cierto ritmo, cierto número. La monotonía en el estilo de algunos articulistas, proviene no ya sólo de que nada tienen de oradores, sino de que no oyen los artículos mismos que escriben, de que son, en rigor, mudos, y siendo mudos no pueden oírse á sí mismos, aunque oigan á los demás, si es que á la vez que mudos no son sordos.

Y al decir de ese ritmo y ese número de la prosa, no nos referimos á cierta rotundidad de período, á la redondez de los párrafos, ¡no! Hay estilo cortado, esquinado, lleno de aristas y de picos, y que es, sin embargo, estilo oral, oído, conversacional. Así como en algunos dibujos japoneses suele verse las curvas del ropaje reducidas á ángulos, así cabe, por motivos estéticos, romper ciertas redondeces de la prosa, reduciéndolas á ángulos. Y esta prosa angulosa, esquinada, llena á las veces de cabos sueltos y de remates que no acaban, tiene muy noble abolengo entre nosotros.

Lo que no acertamos á comprender es por qué se le escatima entre nosotros el título de orador al que habla de esa manera esquinada ó, si se quiere, conceptista, y se le prodiga al que redondea párrafos adiposos ó acaso hidrópicos, y propende al gongorismo. «Es un hombre á quien siempre se le oye con gusto, aunque

no sea orador», nos dijeron una vez de un hombre que se hace oír, en efecto, siempre que se pone á hablar. Y contestamos: «pues ese es orador, y no lo es aquel otro que, ensartando con gran facilidad, y sin cortarse, párrafos redondos, no se hace oír en realidad.»

Acaso tengan razón los que creen que la oratoria no es nada distinto del arte del actor, de la recitación escénica, y que un orador ni siquiera necesita haber compuesto él mismo la oración que pronuncia. Y no cabe duda que hay comedias que deben su vida artística más al actor que al autor, y que hay recitaciones más originales y más geniales que la redacción de lo en ellas recitado. En boca y en gesto de un gran actor, pueden decir unas palabras muy y otra cosa que lo que intentó decir en ellas el que las compuso. Y hasta puede ocurrir que para aquellos que se las oyeron primero al gran actor, signifiquen luego, cuando las lean, muy otra cosa que habríanles significado de haberlas leído por sí mismos y sin oírlas. ¡Cuántas sentencias que viven escritas no vivirían, á no haber sido por primera vez, ante el público, puestas de palabra; á no haber sido primero oídas que leídas! Dicen que los más entusiastas lectores de las novelas de Dickens, eran los que se las habían oído leer en parte. Y tenemos la aprensión de que deben cansar muy pronto á su público los escritores mudos.

Hay que educar al público para que oiga con los ojos, al leer un artículo, y lea con los oídos, al oír un discurso. Y que siempre bajo las líneas de un escritor se sienta la voz cálida de un hombre que nos habla.

Miguel de Unamuno

